

Sufrir en otro

Historia de un secuestro



VIVIAN RIMANO¹

Conversación con hijo:

—Sabes, mamá, a veces tengo ganas de volverme loco.

—Pero ¿para qué? (Yo sé, sé lo que vas a decir, lo sé porque mi bisabuelo me debe haber dicho lo mismo; sé que una persona se forma a través de quince generaciones, y que esa persona futura me usó para cruzarme como un puente y está usando a mi hijo y usando al hijo de mi hijo, así como un pájaro posado en una flecha que avanza lenta.)

—Para liberarme, así sería libre...

Pero ¿existirá la libertad sin el permiso previo de la locura?

C. LISPECTOR

Lispector pone en palabras magníficamente la vivencia que se juega en un análisis en el que lo traumático transgeneracional acapara la escena. El paciente singular se desdibuja, atisbamos un sufrimiento sin sujeto para sufrirlo, perdido en la noche de las generaciones. En este trabajo me referiré a una arista del vasto y complejo tema de la intrusión² transgeneracional, ahí donde no se escucha la pregunta marcada por el origen del dolor psíquico, ni siquiera se habla de él, lo sentimos lejos, casi inaudible e invisible. Es familiar a la experiencia analítica el relacionarnos con el mundo de lo invisible: el inconsciente, la transferencia, el conflicto.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vrimano@adinet.com.uy

2 Voy a hablar de «intrusión» para remarcar el lado patógeno de la transmisión transgeneracional.

Lo transmitido a que me refiero es doblemente invisible, pero paradójicamente intensamente presente.³ Doble, pues uno de sus efectos es el *secuestro* de la subjetividad a lo largo de las generaciones. Se va gestando silenciosamente una organización inconsciente parásita, una especie de argamasa de identificaciones alienantes que se anudan con pactos denegativos y simbióticos que el niño debe cargar, pues por el desvalimiento humano es su única salida para sobrevivir.

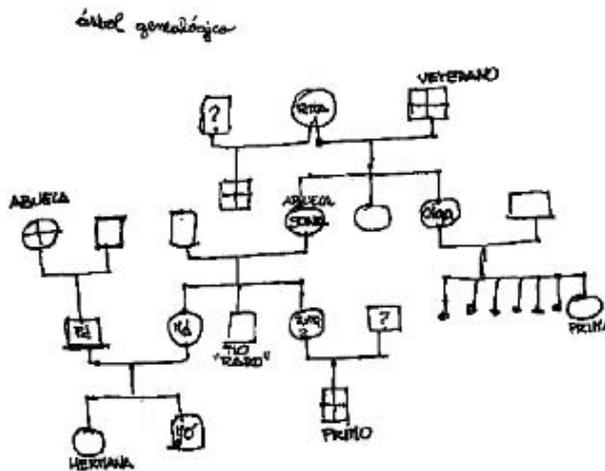
Destino difícil de aceptar para un análisis, que siempre aspira a la *vida* psíquica y no se conforma fácilmente con sobrevivencias. Esta «organización inconsciente» habita en un tipo particular de *secreto* familiar. Sus efectos aparecen en la sesión como detalles extraños, gestos, tonos de voz, algún objeto material, o incluso pueden parasitar a la palabra misma. Las instancias del aparato psíquico se desdibujan y se produce un desmantelamiento tópico que paraliza todo proceso elaborativo. La escena transferencia-contratransferencial se vuelve turbulenta, es frecuente tener que transitar por momentos de intensas ansiedades psicóticas. El trabajo de desidentificación y el aflojamiento de los pactos de desmentida y simbióticos transgeneracionales sacuden de diferente forma el psiquismo del paciente, de su familia y del analista, imponiendo limitaciones muchas veces insuperables.

EL MUNDO DE PEDRO⁴

A las historias les gusta tener un comienzo y algo que se parezca a un final... Hace casi un siglo, en una precaria vivienda de un barrio suburbano, una «jovencita» de tan solo catorce años, llamada Rita (1), daba a luz un varón de padre «desconocido». La mancha del oprobio y la vergüenza oscureció la vida familiar. Ni la mudanza a otro sitio lejano, ni el casamiento obligado de la «jovencita» con un veterano respetable, ni la supuesta muerte trágica del pequeño «pobrecito» pudieron borrar las huellas de los inefables secretos.

3 No me detendré aquí en las múltiples teorizaciones sobre «lo negativo».

4 Cualquier similitud con *Cien años de soledad* es pura coincidencia.



De la unión «oficial» de la jovencita con el veterano nacieron tres hijas mujeres. Una de ellas llamada Sonia, la abuela materna de Pedro, mi paciente, tuvo que ocupar el lugar materno criando a sus hermanos. Contrajo matrimonio con «un pícaro viajante», que solo de vez en cuando pernoctaba en el hogar. La madre de Pedro fue la primera hija de Sonia y el viajante. Luego nació un hermano varón, al que describen como alguien «raro».

Cuando la madre de Pedro tenía aproximadamente diez años, falleció la bisabuela materna, «la jovencita». Un duelo imposible para Sonia, que engendra un nuevo nacimiento, el de la tía Rita (2), apodada con el mismo nombre de la «jovencita» fallecida. La nueva mujer no deberá olvidar el lugar que le estaba asignado. Como parece costumbre en esta familia, las madres delegan su función en alguna de sus hijas. La abuela Sonia no podía escapar a tan antiguo mandato. Es así como la madre de Pedro tuvo que criar a su hermano «raro» y a su pequeña hermana Rita. A los trece años, víctima de un destino funesto, Rita queda embarazada: «¡Tan jovencita!», dijo la madre de Pedro, sin ningún afecto, en una entrevista.

Los primeros meses del embarazo de Rita transcurrieron «sin que nadie se diera cuenta», solo el padre de Pedro «sabía» lo acontecido.

No dejaba de sorprenderme la cercanía excesiva y escandalosa del padre con la sexualidad de la tía Rita... «Por pura intuición yo ya sabía... no quise decir nada, tenía miedo de cómo podían llegar a reaccionar, Rita andaba con malas juntas, iba a los bailes con las loquillas del barrio... se veía venir todo este lío..., por las fechas yo calculé qué día fue... (!!!) Sabía quién era el padre, el gurí desapareció, el tiempo pasó rápido y ya era tarde para un aborto...»

A los nueve meses Rita dio a luz un varón sin vida: «El pobrecito murió sin haber nacido». El pequeño cajón, sin nombre, fue colocado como una ofrenda sobre la urna de la bisabuela Rita. La familia selló un nuevo pacto de silencio sobre esta historia. Todo el ajuar del bebé fallecido fue guardado para el próximo varón que naciera, Pedro.

La naturaleza quiso, como intentando distraer al destino, que primero naciera una niña, la hermana mayor de Pedro. A los pocos meses su madre queda «sorpresivamente» embarazada, esta vez sí del esperado varón. Las primeras ropas que envolvieron la desamparada existencia de Pedro fueron las de su primo fallecido. «A los pocos meses traje a mi tía Olga para que criara a Pedro... ya no quería saber nada de pañales y mamaderas... ¡me alcanzó con cuidar a mis hermanos!», dice la madre de Pedro.

El maternaje que lo esperaba no era muy tranquilizador. Según cuentan los padres, la tía Olga era una consumida mujer, de edad incalculable, que siempre vestía de negro. Tuvo seis abortos espontáneos y de su séptimo embarazo nació una niña con una grave enfermedad congénita. Es difícil saber si Pedro se convirtió en una ofrenda para calmar o incentivar el fantasma «filicida» que atravesaba a las mujeres de varias generaciones. En los hechos pasó sus primeros años de vida literalmente «pegado» a la tía Olga, que no lo dejaba un minuto solo y a quien le costó horrores dejarlo caminar. Pasaba sentado en su regazo «negro». Cuando fue un poco mayor se le permitió sentarse en un banquito junto a ella mientras ella *cosía* y bordaba. Cuando apenas emitía unas pocas palabras ya le gustaba vestirse con la ropa de su hermana. Ya más grande se armaba vestidos y pelucas con retazos de tela que encontraba y le pedía a la tía Olga que le pintara las uñas: «ella le daba todos los gustos». Bajo la mirada cómplice de sus padres, Pedro fue creciendo entre muñecas, juegos de té, tacones y vestidos. El padre intentó llevarlo al babyfútbol, pero a

los pocos días el entrenador le dijo: «No lo traiga más, no vale la pena... viene a juntar flores...».⁵

No es por azar que hasta ahora no haya podido decir nada de la historia del padre. Casi todo lo que he podido saber lo ha dicho en cuentagotas, en el transcurso de mucho tiempo y de varios encuentros. En una oportunidad la madre rompió el pacto y dijo: «La madre de mi marido se suicidó, se ahorcó...». La mirada fulminante del padre congeló el diálogo.⁶

ENCUENTRO CON PEDRO

Pedro es un niño de ocho años extrañamente agradable, hay un halo «inquietante» que lo atraviesa. Su mirada inteligente es intensa, por momentos un tanto melancólica.

Su presencia captura mi atención, tiene algo sutilmente femenino, pero no era esto lo que me inquietaba. Irradiaba ese *exceso de sensorialidad* que frecuentemente transmite la herida de lo traumático. Estaba vestido con una ropa unos cuantos talles menor que el suyo, las mangas apenas le sobrepasaban los codos, el pantalón corto, los dedos de los pies le sobresalían de las sandalias de cuero. Todo esto imprimía a su postura y movimientos una especie de constricción o *aprimionamiento*. En varias oportunidades (en sesiones posteriores) le pregunté quién le compró la ropa que usaba. Él me contestaba que había sido de unos primos, alguna de su hermana o de su prima (la niña con la enfermedad congénita). Al parecer solo tenía un pantalón y un par de championes que le habían comprado especialmente para él.

Habla con una seriedad densa, casi no recuerdo haberlo visto sonreír. ¿Qué o quién le vedaba este gesto tan específicamente humano?

En nuestro primer encuentro me dice: «Vengo aquí para dormir bien... Tengo pesadillas, tengo que prender la luz porque me dan miedo,

5 No me voy a detener aquí en la importancia de las desviaciones de la identidad sexual como «prótesis» de la estructura psíquica. Pero en esta situación pienso que aun el paciente está lejos de ello, aquí es el «ser» despojado de su identidad subjetiva el que «grita». Sin embargo *Pedro no es un niño «psicótico»*, tiene, en su fragilidad yoica, una zona de débil fortaleza que le permite lidiar aun con las angustias psicóticas.

6 Engarzado con lo incestuoso está lo mortífero, el suicidio de la abuela paterna de Pedro permaneció «mudo» durante años. Ya sabemos cómo la erotización se presta a neutralizar el espanto de la muerte.

me asusto mucho, ya no llamo a mis padres porque me dicen “¡dejate de joder!” me arreglo solo... Trato de no dormir para no soñar... pero los ojos al final se me cierran...».

Relata pesadillas⁷ con escenas ominosas, jeroglíficos, partes corporales, restos de civilizaciones egipcias, miradas persecutorias, etcétera. El coqueteo de Pedro con la muerte no dejaba de preocuparme. Era el «grito» mudo sobre el enigma de otras muertes lo que yo fui escuchando allí. Su vida fue transcurriendo en un mundo poblado de imágenes atemorizantes y enigmáticas. Los miedos han sido sus acompañantes obligados. En los últimos meses se habían sumado las pesadillas, se despertaba sudoroso y gritando. Tanta angustia le producían que hacía un esfuerzo descomunal para no dormir. El insomnio es la única arma que tiene para luchar contra los fantasmas nocturnos.

«NADIE» ES ALGUIEN (*sesión del primer mes de análisis*)

Entra a la sesión con algo apretado en una mano. Al abrirla veo un pequeño muñeco de trapo ya bastante desgastado. Me cuenta que es un llavero que le regaló la tía Rita ya hace mucho tiempo y que siempre fue su juguete preferido. Tiene un saco que le cosió él y saca del bolsillo un pequeño abrigo. Viste al muñeco con mucha delicadeza y cuidado, y yo veo ante mí a una cariñosa madre con su bebé. Siento en sus gestos la nostalgia profunda de lo que nunca se tuvo. Le digo que me está mostrando a una madre muy preocupada por su hijo pequeño, que quizás a él le hubiera gustado que lo cuidaran así.

—Nadie necesita una madre así...

—¿Cómo? —Sentí que no lo había entendido, estaba un tanto confundida.

—¡Nadie! ¡«Nadie» se llama mi muñeco!

7 Quiero comentar aquí la diferencia entre dos variantes de insomnio: cuando el paciente no puede dormir por «por miedo a las pesadillas» y cuando no duerme porque las pesadillas lo despiertan. En el primer caso pienso que hay una falla de la represión más intensa que se anticipa a la pesadilla como si fuera una experiencia psicótica.

Nadie... Nada... ¿la vivencia de sí mismo? ¿Los silencios o los gestos enigmáticos? Todo ello a un mismo tiempo capturado en una palabra que Pedro convirtió en nombre. «Nadie» es «alguien». Paradoja del lenguaje. Ya no escuché de la misma forma a sus padres cuando me decían: «Nadie se enteró de nada...», «Nadie se dio cuenta...», «No se lo dijeron a Nadie...», «Que Nadie hablara de lo que pasó...», «Hay cosas que Nadie tiene que saber...».

«¡TAN JOVENCITA!» (*sesión del quinto mes de análisis*)

Pedro entra al consultorio, me mira un tanto espantado y me dice:

—¡Acomodate el pelo!

Me quedé perpleja. Pensé que tendría todo el pelo despeinado y alborotado. Su cara de susto por cierto era desmedida. Con el tiempo comencé a identificar estos momentos en que Pedro era invadido por imágenes internas terroríficas.

Luego agarró un mazo de cartas y minuciosamente fue separando las que tenían alguna pequeña rotura o doblez, y me dijo que «esas no jugaban».

Le pregunté si necesitaba dejar «afuera», «separadas», algunas cosas que sentía o pensaba que eran peligrosas o le daban mucho, mucho miedo, como lo que vio en mi cabeza. Solo me respondió:

—Podemos jugar a la conga, mi tía Ritatanjovencita⁸ me enseñó.

Ese «tan jovencita» me sonó como una palabra injertada en su discurso, era como una palabra «extranjera» que se hubiera colado. ¿De dónde venía? ¿Quién hablaba en ella? Por cierto, no era lo mismo que un lapsus, me resultaba extraña pero al mismo tiempo conocida, ya escuchada. Fueron sus padres que en las entrevistas se refirieron a su tía y a su bisabuela materna de esta forma: «¡tan jovencita y quedó embarazada!».

Yo sentía que tenía que tener mucho cuidado de no interpretar todo a la luz de las «historias secretas» manifiestamente relatadas. Sería caer en una trampa nefasta para el análisis. Era quedar yo misma capturada por la dinámica del secreto, no me era muy fácil discriminar esto en cada momento.

8 Lo transcribo de esta forma pues es la que más se acerca a lo que yo escuchaba.

—¡Pero tu tía Rita tiene como 30 años! Ya es medio vieja... ¿no? ¿Por qué decís que es jovencita?

—Ella es jovencita... se la ve así... jovencita... y ta... ¡Parecés una coruja preguntando todo!

—Capaz que tú tenés más preguntas que yo y todavía no te diste cuenta. Las que aparecen en tus pesadillas. Esas letras egipcias que no se entienden y que por eso no te dejan dormir.

Jugamos a la conga, Pedro hace «trampas» demasiado obvias. Hay algo de un engaño que se descubre fácil. ¿Algo que se muestra demasiado? ¿Como la palabra *jovencita*?

Mientras jugamos él hace comentarios con diferentes tonos de voz, tipo ventrílocuo.

Le digo que me parece que adentro de él hay muchas personas que hablan.

—¡Callate!!! —me grita con voz femenina—. ¡No grites como una loca chillona! ¡Basta! ¡Basta! —Algo casi alucinatorio irrumpía nuevamente en la escena—. ¡Soy solo yo! ¡No soy nada! —Estaba muy excitado y fuera de sí.

Lo agarré firmemente de los brazos y mirándolo fijamente a los ojos le dije:

—¡Tú sos PEDRO!... con mucho, mucho miedo de ser «nada», como «Nadie»... por eso tenés que gritar como «una loca chillona»...

Ya más calmado me dice que algún día le gustaría que su hermana viniera a una sesión.

¿DE QUÉ HABLO CUANDO HABLO DE SECRETO TRANSGENERACIONAL?

En psicoanálisis debemos desprendernos de la idea de que el secreto transgeneracional se reduce al contenido no dicho de una historia familiar. En la clínica nos confrontamos con historias «conscientemente ocultadas» en las que los grandes temas de la tragedia y los mitos se entrecruzan: parricidio, matricidio, incesto, filicidio. Pero no todos los secretos tienen el mismo potencial traumático en el psiquismo del *infans*. Ello dependerá de la *organización* inconsciente subyacente al contenido manifiesto del secreto y al modo peculiar del niño para interpretarlo (recordemos que el ser humano *no* es una *tabula rasa*).

La *organización inconsciente del secreto* es un conjunto indiscriminado de angustias psicóticas, huellas pobremente simbolizadas, mecanismos de defensa primitivos, objetos parciales bizarros, identificaciones alienantes, pactos denegativos (Kaës, 1989), muchos de ellos con carácter simbiótico. Todo eso aglutinado en un conglomerado⁹ cuyo fin es mantener invisible un núcleo de sufrimiento mudo de varias generaciones.

Esta organización inculca un código pétreo en el psiquismo desde el cual el sujeto «ve» e interpreta su realidad interna y el mundo que lo rodea, secuestrando el pensamiento propio y sus afectos.

En este sentido, me parece interesante la hipótesis de Rouchy (1995) sobre los «guardianes del secreto» que tienen la función de mantener el «no saber, de un saber no sabido» del secreto, haciendo uso de clivajes y desmentidas para este fin. Este tipo de «no saber» está incrustado como un *mandato superyoico* durísimo, que se acerca mucho a lo que Laplanche (1987: 140) describe como «enclaves psicóticos».¹⁰ Los «guardianes» habitan tanto en la mente del niño como también en la de sus familiares significativos. El mandato enunciado por los «guardianes» se vehiculiza de una forma peculiar, engañosa, y muchas veces utiliza paradójicamente el lenguaje verbal. Palabras que transmiten a la vez sentidos contradictorios, confusos, ominosos, de tal forma que generan en el individuo una experiencia de la realidad disociada y distorsionada. Al sujeto inmerso en esta situación no le es posible discriminar los acontecimientos del mundo en el que vive. Por momentos las funciones del pensamiento lógico desfallecen. El principio de contradicción se inactiva y no se pueden utilizar los criterios de «falso/verdadero». Estos mandatos inconscientes solo habilitan a que el individuo establezca vínculos simbióticos patológicos, que denuncian la precariedad y la indiscriminación de los objetos internos, pero a su vez son los únicos tipos de vínculo que lo alivian de un sufrimiento intolerable.

9 Conceptualmente estaría muy cerca del *núcleo amalgamático* (C. Mendilaharsu y S. Acevedo de Mendilaharsu, 1987).

10 Se refiere a los imperativos categóricos, un tipo de mandato superyoico que es «inmutable», «insimbolizable», «no-metaforizable» (Laplanche, 1987).

Todo esto hace que el niño viva suspendido en un clima de ambigüedad, confusión e indiscriminación. En muchas oportunidades, como en este caso, la psiquis del *infans* queda atrapada entre secretos de *las dos líneas parentales* (materna y paterna), aunque en el discurso familiar quede más explícita una de ellas (en la historia de Pedro, la materna). Es frecuente que el portador de la historia transgeneracional más silenciosa sea *también* uno de los «guardianes» de la organización inconsciente del secreto. Se organizan de esta forma pactos de desmentida inconscientes *entre las dos líneas parentales, que se transmiten condensados y simultáneamente*.

Es frecuente que los movimientos transferencia-contratransferenciales nos hagan escuchar más una línea generacional que otra, la escucha es desviada hacia donde se deposita la locura más ruidosa e inconscientemente nosotros como analistas quedamos también *secuestrados* en un pacto de desmentida y paralizados en nuestra capacidad de reflexión. Esto tiene sus consecuencias en el trabajo con el paciente, pues si no nos des-secuestramos de los pactos transferenciales, no lo ayudamos a poder discriminarse de lo depositado en él desde *ambos* progenitores y su psiquismo queda capturado en el sincitio simbiótico familiar.

LA ESCUCHA METONÍMICA, LA OREJA DEL INCONSCIENTE

Uno de los efectos de la intrusión transgeneracional se dio a través del lenguaje verbal de Pedro, más específicamente en la palabra. Si escuchamos «su» discurso, en una escucha superficial las palabras tienen un significado comprensible y coherente, pero con un poco más de atención (entre flotante y a la vez agudamente investigadora) sentimos que ciertas palabras son usadas para transportar otros sentidos. «Tan jovencita», «pobrecito», «Nadie». Incluso podemos escuchar el uso de «Nadie» como nombre como espléndida y desgarradora metáfora poética de la vivencia de sí mismo.

Pero la palabra se vuelve «palabra-cosa» (Torok y Abraham, 1976; Tisseron, 1995), y solo apenas, si nuestro funcionamiento psíquico nos lo permite, oímos el «eco fonético» de una huella inconsciente secuestrada. Esta situación nos pone en un lugar peculiar como analistas, en el que debemos «contener» momentos transferenciales-contratransferenciales

cargados de angustias confusionales. ¿Quién habla en él en ese momento? ¿Es la voz de su bisabuela Rita? ¿Del primo muerto? ¿De su padre? ¿De su madre? Es lo que en la sesión se actúa como el discurso de un ventrílocuo. ¿En qué lugar me coloca Pedro y me coloco yo en la transferencia? La experiencia contratransferencial es la de no entender «nada».

En el discurso el paciente se dirige a «Nadie-nadie». Entonces, ¿a quién y desde qué lugar hablo yo? Si yo le dije en ese momento «Tú sos Pedro, [...] NO sos Nadie», *no creo que él halla escuchado*¹¹ *el significado de mis palabras*. Es un momento en que los límites entre las instancias se borran, es la escucha propia del inconsciente del paciente. Se escucha en la palabra «algo» sentido, yo le hablo metafóricamente, pero seguramente él escucha en mi palabra un acercamiento metonímico. Quizás le transmití *cuasicorporalmente*¹² mi deseo de reconocerlo a él, Pedro, rozando la experiencia de «ser» en primera persona.

LA TÓPICA EN LA INTRUSIÓN TRANSGENERACIONAL

He querido señalar cómo en estos casos se hace muy difícil sentir y pensar al paciente en singular, *las instancias del aparato psíquico se desdibujan*. Estamos frente a duelos imposibles, ya que no hay un sujeto con la consistencia necesaria para hacerlos y el objeto a duelar en el trabajo de análisis es un indiscriminado conglomerado de varias generaciones. Esta situación configura un serio traumatismo tópico. La «intrusión» de los otros, de diferentes generaciones, es silenciosamente insidiosa. Ellos no logran convertirse en una alteridad interna que tenga *algo* de apropiación subjetiva. El paciente sufre, sin saber, el sufrimiento de otros. Por eso pensamos que en la intrusión transgeneracional *se sufre en otro y se sufre en lugar de otro*.¹³

Habitualmente pasa con todo lo inconsciente que, siendo «ajeno», igual es capaz de lograr una cualidad sentida como propia. La alteridad

11 Esto está relacionado con la teoría de H. Faimberg (1993), *escucha de la escucha*.

12 Ya sea a través de la palabra o de un objeto, una melodía, esta transmisión es en un «cuerpo a cuerpo».

13 Esto reabre a pensar otras aristas del complejo tema del *masoquismo*.

inconsciente externa se hace en parte interna y en este tránsito ya hay una transformación que implica un cierto tipo de apropiación. Lo inconsciente es una ajenidad, pero en cierto grado, «apropiada». Cuando esto último no se logra, la ajenidad de lo inconsciente pasa a tener un carácter ominoso.

El modelo metapsicológico que trae Freud (1915) de la *melancolía* nos ayuda a pensar esta compleja situación de una alteridad interna no integrada. En la melancolía estamos frente a una situación en la que la indiscriminación sujeto-objeto se traslada a la interioridad del funcionamiento tópico. Esto es posible pues el sujeto ha establecido un tipo de identificación-relación narcisista, indiscriminada e intensamente ambivalente con los objetos primarios. Frente a la «pérdida»¹⁴ del objeto, el sujeto «incorpora» al objeto en el yo y este último es tratado como un objeto perdido.

Pero en la intrusión transgeneracional se le añade otra complejidad, como señalamos anteriormente, el objeto «a perder», el que se debe resignar, al que se debe duelar, es un conglomerado indiscriminado añejado en varias generaciones. Queda truncado el proceso de duelo, de elaboración, de simbolización, y la organización inconsciente del secreto se perfila como un «aliens»¹⁵ inasimilable e imposible de abandonar, que desmantela la discriminación tópica. Parafraseando la célebre frase freudiana «la sombra del secreto»¹⁶ cae sobre el yo...», he pensado en cuál sería la peculiar falla en la estructuración psíquica que deja esta alteridad radical inintegrable en el sujeto. Me he preguntado varias veces por qué el psiquismo puede quedar tan permanentemente *abierto* a la intrusión del inconsciente del otro (externo¹⁷-interno).

14 «Pérdida» que puede ser no solo por muerte biológica, sino por abandono, indiferencia, decepción, desidealización, o cualquier situación de la vida que implique afrontar un duelo.

15 Algunos pacientes adultos me han referido la fantasía de que se les debe «extirpar quirúrgicamente» algo de su mente.

16 Siempre me refiero a la organización inconsciente del secreto y no a su contenido manifiesto.

17 Externa en dos sentidos: por ser lo inconsciente de otro, y externa en el interior del aparato psíquico, por su falla radical de apropiación.

Voy a tomar un punto de la teoría de Laplanche (1998: 60) para repensarlo. Él nos dice: «... el ser humano, desde el punto de vista sexual, está centrado desde el inicio en el otro, *gravita en torno al otro*: eso es lo que yo llamo un copernicanismo fundamental. Pero por otra parte, no se da tregua hasta restablecer una situación de dominio o de pseudo-dominio, desde el cual *podría considerarse como centro y origen*: el movimiento ptolomeico no es menos importante que el copernicanismo de partida, contra el cual constituye una defensa».

Pienso que este movimiento «ptolomeico», de cierre poroso, es *defensa y estructuración* al mismo tiempo. Es de cierre, pero necesita del *otro* para lograrlo. Luego, todo se jugará en la posibilidad de disponer de la elasticidad adecuada (a la manera de un esfínter) para *abrirse y cerrarse* oportunamente a lo largo de la vida.

El tipo de transmisión traumática a la que me refiero es aquella en que la violencia intrusiva y destructiva desde lo inconsciente del otro(s) impide un adecuado cierre del psiquismo. En la patología del «cierre» quedarían zonas más o menos extensas, fisuras, en las que dicha intrusión no cesa, pero que al mismo tiempo serían zonas por donde drena gota a gota la subjetividad del individuo.

El análisis irá dirigido a reparar estas fisuras, a permitir *un cierre* más adecuado del aparato psíquico que permita un funcionamiento de la represión que estructure y defienda a la vez la vida psíquica propia. Tarea que parece tener una dirección opuesta a la «apertura» buscada en las neurosis. El cierre que permite el funcionamiento de la represión, con la consecuente discriminación entre instancias, instala una tópica «apropiada». De esta forma se ayuda a evitar que la organización inconsciente del secreto quede fosilizada y secuestre completamente la subjetividad del paciente.

El analista deberá trabajar *con* y *en* los momentos simbióticos transferenciales para poder disminuir los efectos de la intrusión externa-interna, apostando a *transformar la confusión en conflicto psíquico*. Es una experiencia *nunca* vivida por el paciente. Implica un re-crear el proceso represivo originario que «hace y es hecho» por el aparato psíquico discriminándose en sus instancias. Es una tarea *previa* a la desidentificación, ya que el paciente necesita más fortaleza yoica para tolerar las angustias

propias del proceso de desinvertimiento de las identificaciones alienantes, que lo sostienen y lo «secuestran» al mismo tiempo.

Todo esto requiere un delicado trabajo con los padres, tarea imprescindible¹⁸ que apuntará a construir una alianza terapéutica con ellos con la finalidad de evitar que suspendan el análisis. Se debe intentar hacerlos sentir que todos han sido meros receptáculos de algo ajeno donde «otros» de varias generaciones han depositado sus sufrimientos, sus locuras y sus muertes. Ajenidad destructiva que también ellos padecen, intentar acercarlos a lo terrible de un dolor mudo que se *sufre «en» otro*. Debemos tener mucho respeto por los pactos denegativos-simbióticos entre los progenitores, porque muchas veces su sobrevida psíquica depende de ellos, pero también buscaremos que el paciente *no* quede secuestrado en sus redes. Es una empresa angustiosamente apasionante, es como rescatar a un pequeño vivo de entre los escombros de un terremoto, es cuestión de olfatear la vida... Me gusta cómo lo dice Kaës (1989: 146): la vivencia es buscar «lo que no ha sido pero podría ser». El mundo de «lo posible» se abre cuando el analista siente que hay «algo» del paciente que puede advenir si le ofrecemos nuestra mente como una morada provisoria. ♦

18 Muchas veces *imposible* por las defensas psicopáticas y/o perversas que se ponen en juego y nos confrontan con la interrupción del análisis.

RESUMEN

A través del encuentro analítico con un paciente de ocho años, intento reflexionar sobre los efectos de la intrusión transgeneracional.

Pienso en cómo se actualizan en la escena analítica los pactos de desmentida y simbióticos que anidan en la organización inconsciente de los secretos familiares de ambos progenitores.

En la sesión emerge la «palabra-cosa» como portadora de huellas traumáticas fallidamente representadas.

La intrusión transgeneracional desmantela la estructuración tópica del psiquismo del niño. Esto determina un secuestro de la subjetividad y el padecimiento de un sufrimiento ajeno y ominoso, transmitido a través de varias generaciones.

Descriptor: INTRUSIÓN / TRANSGENERACIONAL / DOLOR PSÍQUICO / SECRETO / TELESCOPEO DE LAS GENERACIONES / MASOQUISMO / MATERIAL CLÍNICO /

Descriptor candidato: SECUESTRO DE LA SUBJETIVIDAD

ABSTRACT

Through the analytic encounter with an eight-year-old patient, the paper reflects on the effects of transgenerational intrusion. The paper discusses the way in which the pacts of disavowal and symbiosis which nest in the unconscious organization of the family secrets of both parents are actualized in the analytic scene.

In the session we witness the emergence of the «word-thing» which bears the traumatic traces that were unsuccessfully represented. Transgenerational intrusion dismantles the child's psychic structure. This determines a kidnapping of subjectivity and the endurance of an alien and uncanny suffering, passed on through various generations.

Keywords: INTRUSION / TRANSGENERATIONAL / PSYCHIC PAIN / SECRET / TELESCOPING OF GENERATIONS / MASOCHISM / CLINICAL MATERIAL

Candidate keywords: KIDNAPPED SUBJECTIVITY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABRAHAM, N. y M. Y. TOROK. En *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- APU. Agradezco a F. SCHKOLNIK, C. LÓPEZ DE CAIAFA, S. SAPRIZA y todos los miembros y candidatos que me estimularon a pensar con este paciente. 2009, 2012.
- FAIMBERG, H. «Escucha de la escucha». En *El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- FREUD, S. «Duelo y melancolía». En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- KAÉS, R. «El pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos». En *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- LAPLANCHE, J. *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987, p. 140.
- «La teoría de la seducción generalizada y la práctica. Jean Laplanche en Montevideo». En *rup*, n.º 87. Montevideo, 1998, p. 60.
- LISPECTOR, C. *Para no olvidar*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2011.
- MENDILAHARSU, C. y S. ACEVEDO DE MENDILAHARSU S. «Reflexiones sobre el psicoanálisis de la psicosis». En *rup*, n.º 66. Montevideo, 1987.
- ROUCHY, J. C. «Secreto intergeneracional, transfusión, guardián, resurgencia». En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- TISSERON, S. «Las imágenes psíquicas entre las generaciones». En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.